



**SE SOLICITAN CIUDADANOS**

Por Agustín Llamas Mendoza\*

La democracia, decía Octavio Paz, es un medio para resolver todos nuestros problemas.

Si partimos de esa definición, la democracia no es un lugar a donde llegar, no es un estatus o un espacio, sino una actitud. Muchas veces se cree que la democracia es un fin en sí mismo, y no es así, es “sólo” un medio para ayudar a entendernos, para facilitar nuestras relaciones políticas y sociales que, entre otras cuestiones, nos proporcionan certezas para la participación.

Durante los últimos años, se han emitido diversos juicios acerca del éxito o fracaso del cambio político, por el cual votó la mayoría de los mexicanos en el 2000. La falta de acuerdos, las confrontaciones y los escándalos mediáticos han provocado en muchos sectores desilusión e incredulidad sobre los beneficios de apostar por una verdadera democracia y por un país más competitivo.

La globalización sigue su curso y obliga a los actores empresariales, políticos y sociales a redoblar esfuerzos para buscar soluciones locales a problemas mundiales. Las elecciones presidenciales de 2006 y el respectivo cambio de gobierno, han marcado un punto de inflexión, inevitablemente, en este proceso de consolidación democrática, para el apuntalamiento competitivo del sistema.

En un sistema abierto ningún actor monopoliza por sí mismo las responsabilidades de gobierno. La consolidación democrática implica apertura, transparencia, legalidad y responsabilidad económica, política y social, y participación ciudadana.

En la construcción de un nuevo régimen para un nuevo país, es fundamental la cooperación de todos y cada uno de nosotros; y por ello, hoy más que nunca, se requiere hacer un alto en el camino y reflexionar en torno al deber ser ciudadano en este proceso de transición, ya que una democracia que no da resultados no sirve para nada.

## **La democracia es menos costosa**

En la cotidianeidad, como en el acto de gobierno de decisión, existen fundamentalmente dos vías para la resolución de los problemas: la vía autoritaria o la vía democrática.

La primera exige el cumplimiento tajante de una orden; ésta se centra en la eficacia, en buscar el resultado sin la consideración de los medios utilizados para conseguir tal propósito.

La segunda reconoce que la persona a la que se le ordena tiene algo que hacer y qué decir al respecto y por lo tanto, realiza una consulta. La segunda tiene que ver con la eficiencia, donde ésta se centra en la consecución del resultado pero tomando en cuenta los medios utilizados para el fin deseado.

La postura democrática es, sobre todo, participativa. El autoritarismo –por impositivo– es una actitud que no genera valor social. Por ello, la democracia con referentes de libertad y responsabilidad, que no necesariamente la electoral o la de las mayorías, es en sí misma tan significativa, porque sí genera valor social.

¿Dónde se desarrolla mejor el ser humano?, ¿en un ambiente de imposiciones y órdenes sin explicaciones, o en uno donde las libertades, leyes y responsabilidades prevalecen? El sistema autoritario no cumple con esa primera condición de desarrollo del ser humano: la libertad con responsabilidad.

La democracia, que no el democratismo vacío o hueco, responde a la naturaleza humana y por ello es un sistema menos costoso que un sistema donde las utilidades propias de la libertad no existen porque se tienen que pagar los costos de la supervisión y del control autoritario.

En los últimos 80 años la tendencia de los países ha sido construir sistemas democráticos. No es casual, por ejemplo, que los sistemas autoritarios del Este europeo, así como los socialistas asiáticos, e incluso algunos latinoamericanos –en sus versiones populistas o estatistas– hayan sido abandonados.

Lo hicieron, básicamente, porque operar con un sistema autoritario es costoso en términos económicos y, sobre todo, sociales. Esto reafirma, hasta cierto punto, el hecho de que no es connatural al hombre un sistema autoritario, y sí, en cambio, uno participativo y democrático.

Aun cuando hoy en día vemos contraejemplos desastrosos de lo que es una democracia hueca y demagógica, como en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua o en el mismo Brasil, es importante reconocer que los procesos de liberalización que han vivido todos estos países no cuestionan el modelo de desarrollo en sí mismo, sino que plantean serias dudas sobre los actores pre modernos y corruptos que operaron esos procesos de transición respectivamente.

El día de hoy se presentan planteamientos a nivel internacional sugiriendo que el sistema de libertades apuntalado por el proceso de globalización ha fracasado, dado que se ha abusado de ese margen en el sistema financiero internacional.

Efectivamente, los riesgos de vivir en un sistema de libertades como el que hemos venido construyendo es ese: que los actores tienen que generar nuevas reglas del juego y luego tener la voluntad –y generosidad– de someterse a ellas.

Volvemos a un problema de diagnóstico muy serio: la causa de la crisis económica y financiera mundial que hoy padecemos no está en el modelo de libre mercado, sino que se encuentra en la ausencia de un sistema de justicia global por un lado, y por el otro al juego de las complicidades de los monopolios y oligopolios internacionales.

Si vivimos esta crisis y probablemente otras, es porque no hemos terminado de transformar institucionalmente el sistema global, porque no ha terminado la transición política mundial.

En un mundo globalizado la democracia es el modelo a seguir. Así como el libre mercado es a la economía, la democracia es a la política. La globalización no es sino una gran apertura económica mundial, y para hacer consistente el modelo económico con el político, se requiere de democracia.

La democracia sin libre mercado no existe realmente, es una aventura demagógica. Los países que no son democráticos y que pretenden hacer libre mercado, tarde o temprano adoptarán un sistema democrático, como es el caso de China y algunas naciones latinoamericanas o europeas que viven periodos de transición.

Las aperturas económicas traen consigo, y de manera paradójica para el gobernante autoritario, presiones para consolidar procesos de transición en materia política y social. Fundamentalmente por dos razones: la primera de ellas es porque el ciudadano común es consumidor de gobernantes, candidatos, políticas públicas, etc.

Pero una vez que se le enseña o prueba el placer de elegir entre opciones difícilmente se conforma con volver a ser mono-consumidor en cualquier ámbito. La segunda razón es cuestión de bajar los costos para ser más competitivos. El control, como decíamos es costoso, y con él no puedes competir contra sistemas abiertos o democráticos, y seguramente más desarrollados.

### **¿Dónde está “Papá”?**

El consenso internacional considera cuatro paradigmas de convivencia: *derechos humanos, ecología, democracia y libre mercado*. Los países que no cumplen o no trabajan en ese contexto están en desventaja respecto a otras naciones, y por lo mismo son menos eficientes y menos competitivos, sobre todo en un entorno internacional abierto.

Estos países con sistemas en transición experimentan un grave problema. Los latinoamericanos, por ejemplo, que buscando justicia social se han levantado en armas, han terminado con un gobierno autoritario.

Por lo anterior, uno de los retos que vive nuestro país es consolidar el proceso de transición hacia la democracia, evitando caer en regresiones autoritarias como algunos de nuestros vecinos.

Un factor decisivo para conseguir esta consolidación es el cambio de régimen, entendido como el conjunto de reglas del sistema que deberán cambiarse, enmendarse o actualizarse para afrontar el nuevo entorno internacional según los cuatro paradigmas mencionados.

El cambio de régimen es parte del problema y no hay que dejar de hacerlo; pero más decisivo aún es el cambio social.

Para que exista una democracia se necesitan demócratas. Cambiar las leyes no basta. Se pueden tener reglas más democráticas y de libre mercado, pero si la población es irresponsable, no apegada a la legalidad, dependiente del Estado y, por tanto, acostumbrada a una cultura autoritaria, no hay nada que hacer.

Necesitamos crecer en términos institucionales y sociales. Una cultura autoritaria procura un jefe, sin él no se entiende la vida. Los dirigentes señalan qué hacer, mientras la población se desentiende.

Es una actitud muy nuestra, una visión electorera. El actor social que posee una actitud ciudadana, se responsabiliza de la cuestión pública y de la sociedad. Adopta un compromiso de fondo.

Muchos reclamos se dan porque la sociedad exige el “papá que se les fue”. El ciudadano independiente, el ciudadano en toda la extensión de la palabra, no espera todo del Estado, se mueve por sí mismo. Pero una cultura de subsidio, de suma cero y enfrentamiento, reclama permanentemente un estado paternalista.

Por eso es primordial la participación ciudadana, la responsabilidad social y la política entendida como una actividad generosa que produce reglas –instituciones– de las que uno dependerá y obedecerá.

Las leyes están para respetarse, no para incumplirse. El ciudadano maduro es generoso, democrático y apegado a la legalidad, el inmaduro simplemente no es ciudadano, sino un ente social dependiente de aquellos que se benefician de esa postura pasiva, permisiva y de complicidad.

A los autoritarios les conviene siempre contar con individuos que esperan que alguien les resuelva la vida, que alguien sea el gran proveedor. Una sociedad democrática y abierta se construye a partir de ciudadanos participativos y responsables de la cosa pública y que saben exigir rendición de cuentas a esos representantes.

### **Ante una democracia en formación**

Es posible alcanzar una democracia real a través de un proceso educativo, formativo, pero tomará mucho tiempo. El inconveniente es que la gente se desespera, se decepciona de lo que interpreta como democracia, pues no le rinde los frutos esperados, prometidos o beneficios personales.

Para ellos la “democracia”, según su modo de ver, no les da de comer o la seguridad suficiente, y por ello esperarán o apoyarán a un candidato autoritario que les regale dinero, subsidios, o cualquier otra prebenda que evidentemente no paga el candidato en cuestión.

Esto es preocupante, si la democracia no da resultados, la posibilidad de regresar a esquemas autoritarios y cerrados es alta. Por eso es tan peligroso un candidato o gobernante con criterios populistas en un sistema que está a punto de parir, en transición. Es de alto riesgo no apurar, no acelerar nuestro proceso de transición.

En la medida en que no se complete relativamente el cambio institucional y no evolucionemos como sociedad en términos más democráticos el riesgo regresivo es más alto. Podríamos decir que nuestro sistema político es, hoy por hoy, una democracia inacabada; si queremos formar una democracia sólida no podemos dejar que gobernantes irresponsables, populistas y autoritarios se aprovechen de las mínimas condiciones democráticas que hoy prevalecen en el sistema para imponer de manera unilateral reglas del juego y conductas autoritarias, regresivas.

La mezquindad autoritaria y populista de algunos de los actores políticos latinoamericanos consiste en desprestigiar cualquier modelo de libre mercado y en el fondo desprestigiar cualquier avance en materia de libertad política y democracia, para montarse en la ola de que lo que se requiere es mayor intervencionismo estatista.

Relativamente los problemas sociales tan apremiantes y tan graves que sufre nuestra región podrían ser menores si verdaderamente completáramos en todos los órdenes el proceso de transición de nuestros países latinoamericanos, pero mientras siga existiendo esa cultura de suma-cero, esa cultura populista, que no socialista de aquellos actores, que en combinación con una sociedad poco democrática y poco ciudadana, avanzaremos muy lentamente a un sistema más abierto y competitivo.

Hemos de finalizar los procesos de transición, y tal vez, con el tiempo habremos de seguir por un sistema tipo social-demócrata como el de algunos países europeos, pero a corto plazo no es factible. Los sistemas social-demócratas de Europa, llamados “escandinavos”, como Suecia, España y Alemania en alguna etapa, Francia, Inglaterra con Tony Blair, o la llamada Tercera Vía, son matices de un sistema democrático y de libre mercado con responsabilidad social.

Para que México o América Latina pudieran adoptar los modelos escandinavos se requerirá de madurez social, de ciudadanía, de consolidación política e institucional de la que todavía carecemos.

Para la adopción de modelos democráticos, primero se requiere de la construcción de la democracia. Mientras los actores políticos nacionales sigan pensando que transición quiere decir alternancia, no completaremos el proceso como tal. Los gobernantes no tienen experiencia de gobierno y la oposición de hoy nunca antes había sido oposición.

Cuando una sociedad no democrática elige a un gobernante casi siempre quiere decir: “No se trata de trabajar contigo, se trata de que resuelvas mi problema”.

El proceso de transición a la democracia implica eliminar privilegios. Ser legal, no ser corrupto, pero ello implica y tiene un costo. La pregunta es: ¿estoy dispuesto a asumir el costo de la legalidad para contribuir a la democracia?; ¿por qué voy a dejar de ser corrupto si todos los demás lo son? La sociedad electorera cree que sólo tiene derechos.

En un sistema democrático existen derechos y responsabilidades, pero primero se tienen éstas y después, derechos. En una democracia las responsabilidades no son únicas. Nadie tiene el monopolio de la responsabilidad.

¿Quiénes son responsables de que las cosas sucedan o no sucedan?, ¿el presidente, el poder legislativo, los empresarios, los medios de comunicación, el pueblo que eligió? Unos tienen más responsabilidad que otros, pero todos somos co-responsables de la construcción de la democracia. Suponer que sólo algunos de los actores tiene el monopolio de la responsabilidad es, precisamente, no ser democrático.

### **¿Democracia en 2009?**

Para que funcione el siguiente proceso electoral se requiere de co-responsabilidad, actitud y acciones concretas de cada ciudadano según sus posibilidades.

El Instituto Federal Electoral es fundamental para garantizar un proceso transparente, limpio, legal, justo, etc. Sin duda el IFE, que no es el de 2006, por las reformas impuestas por los tres principales partidos políticos, pondrá a prueba su funcionalidad y su capacidad organizativa así como su nivel de credibilidad.

Dado que estamos en un proceso que presupone corresponsabilidad de todos los actores también presupone que todos esos actores tendrán una actitud y comportamiento democráticos.

Si de verdad creemos que la democracia es lo mejor que le puede suceder a México, entonces tenemos que participar como ciudadanos de tiempo completo contribuyendo a generar respeto a la institucionalidad.

No debemos, como demócratas, ser cómplices de los agoreros del desastre y de aquellos que les interesa que ninguna institución funcione y valga en nuestro sistema. Caer en ese juego sólo beneficiará a aquellos que lo que menos quieren es un sistema democrático. No caigamos en las trampas mediáticas y discursivas de los autoritarios y populistas.

Es forzoso reconocer la valía de las instituciones políticas, porque avalan y dan certeza al actuar social, político y económico en cualquier país. Para que el proceso electoral de 2009 se lleve adecuadamente es necesario no desprestigiarlas.

La sociedad está preparada para enfrentar las próximas elecciones. A estas alturas de nuestro trayecto hacia la democracia no podemos dudar que esté lista para tal. Si no es así, el tiempo lo decidirá, pero si ya vivimos un proceso electoral de transición ejemplar, ¿por qué no pensar que ocurrirá lo mismo en 2009 con el concurso de los ciudadanos?

Por todo ello se solicitan ciudadanos.